

PETER L. BERGER: *La Revolución Capitalista. Cincuenta proposiciones sobre la prosperidad, la igualdad y la libertad.*

Desde hace ya bastante tiempo que ha venido desarrollándose una ininterrumpida producción académica, nacida en escuelas de economía del hemisferio norte, cuyo centro se ubica en el tema del capitalismo y las diversas implicancias, relaciones y proyecciones en la sociedad actual. Y esta producción ha servido de sustrato intelectual ineludible al momento de conceptualizar en términos políticos los postulados de la libertad y la democracia.

En la década de 1970 fuimos impactados por Milton y Rose Friedman, lo que nos llevó a profundizar en el tema, retrocediendo a F. A. Hayek y Von Mises. Esta saga de pensadores liberales del área económica se vio reforzada, más contemporáneamente con I. Kristol, M. Novak, Hernando de Soto, G. Gilder, R. Nozick, J. Buchanan.

Otro de ellos que viene a plantearse tantas dudas como a profundizar sobre este tema es Peter L. Berger, del cual conocíamos su ya pretérito trabajo "Pirámides de Sacrificio", de la década de 1970. Hoy nos llega con "La Revolución Capitalista. Cincuenta proposiciones sobre la prosperidad, la igualdad y la libertad".

Y nuevamente es un pensador que hurgando en el área económica nos entrega un aporte relevante en cuanto a entender las interrelaciones entre el desarrollo, la modernidad y el capitalismo como base para la prosperidad, la igualdad y la libertad.

De partida el título es provocador, aún en estos años 1990, con caída de muros, Perestroikas y renovaciones de todo orden, y no deja de serlo ya que existe aquel sustrato del inconsciente social que da por probado y como artículo de fe la machacante repetición periodística en el sentido que sólo el socialismo y la izquierda son revolucionarios (progresistas, dicen), en cambio, el capitalismo constituye un resabio del pasado que aún atormentaría nuestra sociedad. Tan difundida es esta apreciación que incluso aquellos que por cercanía ideológica debieran sentirse depositarios de tal concepto, lo rehúyen utilizando nombres ambiguos que oculten aquel sesgo recriminatorio que conllevan (economía de mercado).

Como nos dice en la primera página, lo que se pretende es "esbozar el perfil de una teoría sobre la relación entre el capitalismo y la sociedad en el mundo moderno" (p. 7). Lo novedoso del tratamiento a este esbozo es el hecho de presentar proposiciones que constituyen hipótesis de trabajo en torno a la teoría enunciada: el capitalismo como revolución.

Su intento de elaborar en la primera página con una base empírica del capitalismo y la sociedad, tarea asumida con extraordinario entusiasmo por el marxismo, pretende llenar un vacío evidente en la integración de las dimensiones económicas, sociales, políticas y culturales en una sola construcción teórica del fenómeno capitalista. Nos recuerda que ya otros han hecho avances significativos en esta vía no marxista de interpretación del capitalismo: Max Weber (historia comparada), Joseph Schumpeter (economía), y F. A. Hayek (relación del capitalismo con democracia y el poder de la ley).

La propuesta de Berger en este orden es que "una 'teoría económico-cultural' del capitalismo (o de cualquier fenómeno económico) explorará la matriz o contexto social, político y cultural dentro del que operan esos procesos económicos particulares" (p. 12). Llegando a decir que "la teoría del capitalismo que se propone aquí trata principalmente de las ramificaciones no económicas del fenómeno capitalista" (p. 16).

Berger refiere, reiteradamente, su deuda con Max Weber, tanto en los límites explícitos que otorga al concepto capitalismo: "La producción para un mercado, por individuos o grupos de individuos emprendedores, a fin de obtener un beneficio" (p. 25), como en la búsqueda de

aquel contexto o matriz que permita el desarrollo de ciertas instituciones económicas. Persistente, en este sentido es su referencia a "La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo", de Weber, al decir que "su tema está considerablemente influenciado por la forma weberiana de enfocar el mundo moderno" (p. 36).

Y en sus primeras proposiciones, de una larga cadena, se va haciendo cargo, una por una, de aquellos temas y críticas que se han lanzado en contra del capitalismo desde diversas vertientes: marxismo, conservadurismo, etc. Así el problema de las clases sociales y su movilidad, la democracia, la autonomía individual, las instituciones compensadoras, el desarrollo y la falsedad de la teoría de la dependencia, la mejoría de los niveles materiales de vida del Tercer Mundo, la nivelación de la distribución de los ingresos, son tratados seriamente y con sólidos argumentos.

Finalmente centra su análisis del capitalismo en el Oriente Asiático (Japón, Hong-Kong, Singapur, Taiwán y Corea del Sur), como evidencia empírica de aquellas características de las sociedades occidentales que son intrínsecas de la especie "capitalismo industrial" y de cuales se puede decir que son accidentales de la historia y culturas occidentales, llegando a proponer la superioridad del capitalismo industrial, en su capacidad de elevar el nivel material de vida de la gente, la aparición de un sistema de clases caracterizado por una movilidad social abierta, y contradiciendo evidentemente la teoría de la dependencia.

En este análisis llega a una proposición novedosa y contradictoria a todo el desarrollo teórico previo sobre la materia; un alto grado de intervención estatal en la economía es compatible con el desarrollo capitalista. Y en este aspecto traza un límite entre el *laissez faire* y lo que debe entenderse hoy por capitalismo.

De igual manera, en su referencia al capitalismo del Oriente Asiático, propone que el desarrollo capitalista no necesariamente genera presiones a favor de la democracia. Y en este punto la inflexión se centra en aquel contexto social, político y cultural en que opera un sistema determinado, llegando a la proposición de que ciertos componentes de la cultura burguesa —activismo, innovismo racional y auto disciplina— son necesarios para el desarrollo capitalista, y que en el Este Asiático se han favorecido estos valores, otorgándole ventajas comparativas a su proceso de modernización.

Por un lado se señala que la cultura en el Este Asiático constituye una variable, aunque no la única, incluso ni necesariamente la variable principal, en la ecuación causal del éxito económico, y que, como resultado de este proceso de modernización se produciría un efecto individualizador, liberando al individuo de las restricciones que imponen las agrupaciones tradicionales. Esto es, bajo condiciones del capitalismo, la modernización aumenta la autonomía individual hecho que no habría tenido efectos evidentes en estas sociedades, hasta ahora.

Termina con un glosario de sus 50 proposiciones que permiten establecer las premisas más relevantes de una teoría global sobre el capitalismo y sus vínculos con los procesos de democratización y libertad verdadera.

Quizás habría que mencionar que este texto contiene una notoria variación de ritmos en sus diferentes capítulos lo que nos indica que su factura fue realizada en diversas oportunidades y con disímiles estados de ánimo. Así, en efecto, es lo referente al Este Asiático que aparece tratado con mayor detención y con un evidente agrado de parte del autor hacia esa área.

Sólo queremos apuntar, finalmente, cierta sensación de pesimismo que envuelve al lector en cuanto se va desprendiendo cierto determinismo fatalista, en nuestro concepto, respecto de aquellas culturas no favorecidas con los componentes que permiten el desarrollo del capitalismo.

De toda la larga lista de casos y situaciones tratadas, aparecen realidades culturales importantes, mas nunca en América Latina: no seremos protestantes (Weber), ni confucionistas

(Berger), por tanto, probablemente nuestras opciones son menores. Y más negativo es el cuadro si tomamos en cuenta el mapa del mundo desde la perspectiva planteada; ciertamente la Europa protestante (y sus derivados), y el Asia confusionista constituyen la porción del planeta de mayor desarrollo y en proceso permanente de consolidación de las libertades (si no de democracia), por lo que aquel resto sureño sólo tiene la opción de hacerse protestante o confusionista. Quizás el proceso económico chileno, sin ser una gran revolución en el sentido planteado por el autor, sí sirva de escape a este inexorable futuro.

LEOPOLDO NÚÑEZ TOMÉ